

MEDICINA.—Algunas reflexiones sobre el estado de la salubridad pública en Chile.—Memoria de prueba para optar al grado de licenciado en la Facultad de medicina, por don Isaac Ugarte Gutierrez.

Señores:

Al cumplir con el deber que me imponen los reglamentos universitarios, de presentaros una memoria de prueba para optar al grado de licenciado en la Facultad de medicina, he tenido en vista mui especialmente una consideracion que creo de alta importancia, aunque se la relegue al olvido con demasiada frecuencia.

Yo sé bien, señores, que es mui fácil encontrar algun tema relativo a un asunto de puro interés científico i aún de cierta importancia en la práctica de nuestro arte. Cada dia, en efecto, se presenta una cuestion nueva que dilucidar: ya es un medicamento recién descubierto, que se ensaya i cuyos efectos tanto fisiológicos como terapéuticos se trata de fijar de un modo seguro i definitivo; ya es un instrumento quirúrgico que debe facilitar el alivio de algun dolor o hacer al cirujano mas llevadera cuanto segura su delicada i penosa tarea; ya es, por fin, un procedimiento jeneral o un método que se trata de jeneralizar o de hacer prevalecer sobre los demás, conocidos de mas o menos tiempo. Así i siguiendo ese camino, talvez habria podido traer en discusion alguna cuestion de doctrina o de ciencia pura, talvez muchos términos técnicos nuevos o teorías histológicas recientes, pues tanto los libros como los periódicos de medicina que cada vapor nos trae, sea del viejo, sea del nuevo mundo, abundan en materiales de esa naturaleza. Pero, obedeciendo a una conviccion que oyerá i guardara desde mis primeros años, no de tratar asunto alguno sino cuando la meditacion i estudio me permitiesen hablar con cierta esperiencia propia, he creído prudente alejarme de esa senda que, si bien mui útil, no tiene menos por eso sus abrojos.

Al elejir, pues, el tema del humilde e imperfecto trabajo que os presento, no he tenido en vista otra cosa que el justo i lejítimo deseo de estudiar algo que se relacione con los intereses jenerales de mi propia patria i dedicarle a ella las primeras reflexiones que me sujirieran mis estudios médicos.

He creído que discurrir brevemente sobre el estado de la salubridad pública de nuestro país, por humilde e insignificante que sea la pluma que eso redactare, es decir algo que tiene verdadero interés, talvez no del momento, sino ese interés que caracteriza a todo aquello que se roza con la vida diaria de la familia i el bienestar jeneral de la sociedad en medio de la cual se vive. Si así no se ha hecho algo útil, ya por escasez de conocimientos, ya por ser la vez primera que se discurre sobre asuntos de tan elevado interés, a lo menos se habrá pagado a su patria el tributo de su afeccion.

¿Qué podrá decirnos ahora de nuevo el estudiante que apenas salido de los duros bancos de la escuela se ve precisado a emitir una opinion o un juicio sobre asuntos de tanta trascendencia?

Indudablemente mui poco. Tendrá mui buenos deseos i hasta entusiasmos por todo lo que se relaciona con su carrera; pero falto de las lecciones de la esperiencia, tendrá siempre que apoyarse en observaciones estrañas. A pesar de todo, talvez sabrá apuntar un mal o un defecto cualquiera que sea i doquiera se divise, para que otra mano mas esperta funde el edificio allí donde se le trazó en el terreno, allí donde no habia otra cosa que un monton de feas i vetustas ruinas.

Dispuesto el trabajo, elejido el terreno, concluidos los cimientos i lo principal del edificio, de por sí vienen mas tarde las bellezas arquitectónicas.

Confiado, pues, mas que en mi fuerzas, en vuestra benevolencia, entro en materia a fin de dilucidar una que otra cuestion relativa al tema que os he indicado.

§ 1.º

Entre las tendencias de las escuelas médicas modernas hai algunas que ofrecen un interés tan alto i de tanta trascendencia, que están llamadas a formar época en la medicina del presente siglo.

Entre otras i talvez la que ocupa el primer rango por su interés social, citaremos la *profilaxia* aplicada a las enfermedades.

Una bien larga i a veces dolorosa esperiencia ha revelado, en efecto, la impotencia de los agentes terapéuticos mas poderosos para la curacion de ciertas enfermedades, que una vez que se han adueñado del organismo le conducen indefectiblemente a la des-

truccion, en un plazo mas o menos largo, pero siempre fatal.

Ahora bien, si los descubrimientos científicos que de dia en dia se suceden han permitido darse cuenta o podido apreciar de una manera segura el modo de desarrollo de algunas enfermedades o las causas que las producen, es evidente que la lójica i la humanidad aconsejan emplear aquellos recursos que puedan apartar al organismo de su influencia. Apartada la causa, sus efectos serán nulos; cerrada la puerta al agente destructor, su accion no se hará sentir: destruido en su cuna, se le habrá trasformado en una probabilidad mas de salud.

De ahí proviene tambien la inmensa importancia, la gran trascendencia del ramo de las ciencias médicas encargado de llevar a cabo tan delicada tarea: la *higiene*, ya aplicada a cada individuo, ya a toda la sociedad de una nacion, ya por fin a la humanidad entera en todos los tiempos i en todos los lugares. Basta para tener de ello una conviccion profunda, recorrer a la lijera las cuestiones que está encargada de solucionar; el vasto campo de sus investigaciones; la importancia decisiva de los resultados adquiridos que forman otros tantos preceptos en la conservacion de la salud i su aplicacion a todo aquello que se relaciona con los individuos que componen una sociedad, cualquiera que sea su condicion, pues para cada uno tiene una esfera de accion aparte i apropiada a sus circunstancias.

Intimamente ligada con los demas ramos del saber humano, toma de muchos de ellos i en especial de las ciencias físicas i naturales su mas sólido apoyo.

Allí encuentra dónde o la manera de comprobar sus asertos.

Simbolo del saber i de la perfectibilidad humana, la *higiene* es el libro de oro que tendrá que hojear incesantemente el hombre civilizado. Tan indispensable al médico como el conocimiento de la organizacion o estructura de su sér, irá adquiriendo cada dia mayor importancia e irá absorbiendo lo que por otros ramos del saber le ha sido arrebatado.

La medicina actual tiende a ser i será sin duda esencialmente profiláctica.

El hombre del arte no tratará ni ahuyentará males con remedios milagrosos o empiricos. Observador fiel e imparcial ante todo, habrá hecho algo mas sencillo pero mas decisivo. Habrá evi-

tado o impedido la explosion de alguna enfermedad, en cuya evolucion posterior apenas podrá ser mas tarde un mero espectador. No ordenará mas brebajes de veinte o mas componentes i cuyo aspecto solamente es capaz de dar vértigos; pero si dará consejos i pasará a desempeñar en las familias el glorioso rol a que le llama su destino.

Es por eso que las naciones mas adelantadas en civilizacion, los gobiernos mas ilustrados consideran su estudio o el conocimiento de sus principales axiomas como indispensable para la juventud educanda, i consagran a la salubridad pública un interés siempre creciente.

Los adelantos materiales pueden tener toda la importancia que se quiera; pero lo relativo a la conservacion de la salud de los individuos que deben aprovecharlos será siempre una cuestion primordial.

Se dirá, sin embargo, que el interés individual es suficiente i que cada uno en su esfera hará lo posible para su propia conservacion, i que la salud de cada uno implica la del conjunto de una masa social. Pero es necesario no olvidar que un gran número de personas, ya por ignorancia, ya por intereses particulares, puede aglomerar sin saberlo una serie de circunstancias favorables al desarrollo de agentes deletéreos, de virus o de miasmas, que por desgracia no atacan solamente a los que contribuyeron a producirlos, sino que hieren indistintamente a todos aquellos que se esponen a su accion o en cuyo rededor se han formado.

I bien, ahora que la ciencia moderna no permite atribuir esos hechos a la fatalidad, ni menos a influencias sobrenaturales, es evidente que los axiomas fundamentales de la ciencia social deben aplicarse con todo rigor i conducir a la autoridad pública a tomar aquellas medidas que tienden a hacer de un gran mal el mal menor posible.

Los intereses particulares de cada uno deben ceder, se dice, al interés jeneral de un pais, de una ciudad, etc. El bien i la felicidad de muchos, se dice igualmente, valen mas que el bien de uno solo o de unos cuantos. Las grandes construcciones, los grandes caminos, los grandes trabajos destinados al uso de muchos, se llevan a cabo en muchísimas ocasiones con grave perjuicio de mas de uno en especial.

Todo eso es de admitirlo como incuestionable, se lo considera como lo mas obvio para el buen sentido i bajo el punto de vista utilitario. I si eso es cierto i evidente cuando se trata del oro o de la comodidad material, ¿por qué cuando se aplica a la salubridad pública lo ha de ser ménos? ¿Acaso se trata de intereses menos importantes? La respuesta no puede ser dudosa. Si la autoridad no lo tiene bien presente cuando se trata de cuestiones materiales, cuando se trate de la salud o de la vida de miles o millones de personas, debe conservarlo como un talisman precioso, que puede enjugar mas de una lágrima o impedir que muchos huérfanos tengan hambre, pidan pan i no hallen mas que miseria.

Es así i en homenaje a la salubridad cómo se han llevado a cabo en diferentes naciones mejoras hijiénicas importantísimas i que han necesitado tiempo i enormes gastos.

Ya ha sido la disecacion de pantanos o medianales en cuyo redor reinaban endémicamente las afecciones palustres; ya la apertura de canales que sirven de receptáculo para los desperdicios de una poblacion, al mismo tiempo que, interceptando las filtraciones subterráneas, convierten a éstas en un sistema de aseo del suelo cargado de materiales orgánicos i cuya descomposicion seria perniciosa. Ya es el cambio o mejoramiento de los establecimientos hospitalarios o de los cementerios. Ya en fin, el aislamiento i alejamiento de aquellos establecimientos o fábricas cuyas emanaciones pudieran ser dañinas a la pureza del aire tan necesaria a los grandes centros de poblacion.

En otras ocasiones ha sido el establecimiento de consejos de higiene o de salubridad que, funcionando de una manera permanente, con cierta independencia i una esfera de accion bien delineada, ejercen una vijilancia incesante sobre todo aquello que pudiera ser pernicioso i señalan a la autoridad las medidas tendentes al mejoramiento de la salubridad de una o mas localidades.

I ello es bien natural.

Para obtener resultados provechosos, se necesita de conocimientos especiales que no siempre poseen, ni seria posible exigir de los individuos encargados de la autoridad civil.

Así se puede quizás prevenir un mal o una epidemia con mas

provecho que combatiría, una vez desarrollada i cuando el número de las víctimas es talvez de muchos cientos, si no de miles.

§ 2.º

Tan cierto es esto, que cada nacion trata de rivalizar con las otras en este ramo del perfeccionamiento humano. Consideran al grado de adelanto de la higiene pública, como un buen barómetro que marca con mucha exactitud el grado de su civilización.

Desgraciadamente todas estas medidas son las últimas que se toman en cuenta en la organización de las sociedades. Es lógico, a no dudarlo, que se trate primero de garantir la estabilidad de una nación i que su organización política sea tambien lo primero que preocupe la inteligencia i laboriosidad de sus hijos. Pero tambien es lógico que no se relegue al olvido lo que puede mas tarde aumentar su prosperidad i bienestar.

A los progresos de la industria, al ensanchamiento del comercio, a la instrucción de las masas en la mayor escala posible, debe seguir lo relativo a la higiene de los habitantes.

No sería, pues, un reproche justo el que se hiciera a una nacion poco há constituida por la falta de vijilancia sobre la salubridad de sus poblaciones. Seria bien merecido al contrario si, trascurridos los años, no se les diera la importancia que el bien social reclama.

§ 3.º

Pues bien, dados estos antecedentes es natural preguntarse lo que a este respecto se ha hecho en el país en que uno vive i principalmente en su capital.

¿Cuál es el grado de adelanto de la salubridad pública en nuestro país?

Organizado casi por completo i dándonos tranquilo ya por muchos años el grato sueño de la paz i de la felicidad, ¿qué presenta al observador que quiera examinar su adelantamiento por este lado tan interesante del saber del hombre?

¿Qué han hecho sus hijos en este sentido, o cuál es el interés que se toma por mejorar su estado actual de salubridad?

¿Dónde están los consejos de higiene o de salubridad? dónde los encargados de cada ramo de la salubridad en especial?

I va de preguntas. Pero, qué hacer.

Cualquiera que haya hecho una lijera lectura de un tratado de higiene jeneral; sabe bien que lo relativo a la salubridad de un país es una cuestion bien compleja i que abraza una porcion de problemas mas o menos importantes.

No solo es indispensable estudiar el clima, las enfermedades mas frecuentes; las epidemias i erdemias; la mortalidad, los lazaretos, hospitales i cuarentenas; sino tambien las habitaciones ya comunes o penitenciarias, los sistemas de irrigacion urbana, las costumbres i mui especialmente lo relativo a la alimentacion, sobre todo de aquellos que por su condicion social no pueden disponer a su antojo de todo lo necesario para su subsistencia i la de su familia.

Si se hubiera de interrogar a cada ramo en especial, la lista de las interrogaciones seria demasiado numerosa i la contestacion demasiado larga i trabajosa.

Ajeno por lo mismo a la pretension de querer contestar estas interrogaciones de una manera completa i exacta, he querido simplemente, como es decia al principio; traer a colacion una cuestion de jeneral interes i que otro con mas ilustracion i con mas conocimientos, que los mui escasos que poseo, resolverá con mas brillo.

Me propongo, pues, examinar algunos de los mas importantes problemas de la salubridad, comenzando por el relativo a las autoridades encargadas de su perfeccionamiento.

§ 4.º

DE LA AUTORIDAD ENCARGADA DE LA SALUBRIDAD PÚBLICA.—
JUNTAS DE HIJENE.—CONSEJOS DE SALUBRIDAD.—JUNTAS DE
HOSPITALES.—EMPLEADOS ESPECIALES.

Es por demas obvio que si hai algo que necesite una autoridad bien constituida, es aquello que abarca muchas cuestiones o se aplica a muchos individuos. La salubridad pública, hemos dicho, las comprende por centenares i tan heterojéneas i variadas que solo enumerarlas todas es trabajo i es paciencia.

¿Hai en nuestro país algo que pudiera llamarse una junta de salubridad o un consejo de higiene o algo parecido que tenga bajo su dependencia juntas provinciales o departamentales, o autoridades secundarias encargadas unas de la policia hospitalaria, otras de la policia bromatológica o de alimentacion, otras de estudiar la mortalidad i las causas de su aumento o de su disminucion? ¿Hai algo que siquiera de nombre merezca ese titulo?

No lo sé. Talvez existan; pero sus trabajos serán tan brillantes, su interés por su país tan grande, que nadie siquiera las recuerda ni divisa sus actos.

Es cierto que hai juntas de beneficencia permanentes i que vijilan i dirijen los establecimientos que la caridad pública u oficial, como se ha dado en llamarla, construye para albergue del desvalido, compuesta de personas mui honorables i sin duda de un corazon mui noble i caritativo. Hai tambien algun empleado especial como un *inspector de liquidos* o de otra cosa parecida. Pero basta haber entrado en un hospital, basta haber examinado una vez siquiera los liquidos que se espenden al pobre principalmente, para reconocer en el acto que queda mucho por hacer.

¿Dónde se puede encontrar un hospital construido i arreglado, conforme a los últimos preceptos de la ciencia hijiénica moderna?

¿En qué parte no se espenden licores adulterados que mas que bebidas saludables son brebajes mortíferos para el infeliz que los toma?

¿En dónde todavía no se ven habitaciones, que, mas que albergue de hombres civilizados, parecen casuchas de esquimales, habitaciones aborijenés, o tumbas de vivos?

¿Dónde está por fin el cuerpo médico del país aunado en un solo deseo, personificando una misma aspiracion i buscando un mismo ideal, apuntando a la autoridad civil los males que es necesario i urgente remediar?

No se alegue como fútil escusa que sus peticiones o insinuaciones serian desatendidas. Cuando se trata de intereses tan sagrados, está en la hora de la autoridad el nodesatenderlos. Es necesario no olvidar que, cuando se habla a nombre de la ciencia i se pide para el bien, es peligroso desatender sus súplicas, pues sus vaticinios tarde o temprano se cumplen.

Una vez que otra i cuando el jenio epidémico se ha ensañado contra una o mas poblaciones, los clamores individuales, los gritos de la prensa diaria han sido los primeros en poner en alarma a la autoridad. Entonces se quiere hacer mucho i én el momento; se exige del cuerpo médico o de alguno de sus miembros medidas supremas e infalibles que no se pueden encontrar. Se quisiera hallar una varilla májica que ahuyentara el mal, como los exorcismos de la edad média ahuyentaban los demonios del cuerpo de los infelices poseidos. Se quiere hacer en uno o en unos cuantos dias lo que debió emprenderse tiempo há, lo que debió hacerse en gran número de años.

Entonces tambien todo se hace malo o imperfecto, pues todo participa de la precipitacion con que ha sido efectuado. Apenas si se ha podido a veces impedir estragos espantosos, talvez cuando las fosas de los cementerios son ya estrechas para el número de los inhumados. Recuérdese, si nó, lo sucedido en la última epidemia de viruelas, cuyos recuerdos están palpitantes aún i cuyas víctimas subieron a proporciones tan colosales como poco honrosas para nuestra cultura i el pais que las vió morir.

Lo repetimos una vez mas antes de terminar este asunto: las juntas de sanidad que se han formado o que existen, aunque mas no sea en el nombre, en una que otra localidad, no dan señal alguna de su existencia i tendrán mui poco que contar sobre su carrera i su destino. La autoridad a la cual estaban encargadas de ilustrar se ha visto precisada, mas de una vez, a tomar medidas que las pudiesen despertar del sueño letárgico i de la indiferencia en que yacen.

Pero esa indiferencia, preciso es confesarlo, debe tener una causa i una causa poderosa que la produce. A nuestro modo de ver, depende de la crasa ignorancia en que se vive sobre todo lo relativo a la higiene. La mayor parte de los hombres que se dicen ilustrados, apenas si la conocen de nombre, i si confiesan su importancia, es mas bien por el hábito de haberlo oído repetir muchas veces. Muchos consideran mui bueno que el estado sanitario sea excelente; pero creen que esó depende de causas que no está en la mano del hombre remover ni cambiar; i cuando el estado sanitario es pésimo, se contentan con deplorar lo que sucede. No han pen-

sado un momento que eso, como todo adelanto, exige sacrificios de todo jénero i un poco de menos desprecio por todo lo que pasa en derredor de su persona.

Aquí se dice con frecuencia: Señor, en este mes la mortandad de los párvulos ha alcanzado en Santiago a la enorme cifra de 600 o mas, siendo la de los adultos de la mitad.—Qué importa, se contesta: eso quiere decir que el estado sanitario de los niños es malo, que hai alguna enfermedad reinante que los diezma i todo pasará cuando venga una lluvia o cuando Dios o los santos lo tengan a bien.—Señores, se agrega mas allá: las salas de los hospitales están llenas de disenterias gravísimas, de casos de colerina, causados por las frutas verdes que se espenden por todas partes i por los licores adulterados o en fermentacion.—Qué hacer, se dice todavía i con amargo sarcasmo: si esos infelices fueran menos glotones i menos borrachos, nada de eso les aconteceria.

¿Es posible suponer por un instante que el corazón de un hombre o su moral sean tan perversos, que pudiera mantener esas razones, si supiera la espantosa ignorancia que encierran?

No, señores, la causa principal depende de la falta casi absoluta de conocimientos que tienen las personas de lo relativo a la higiene.

¡Ni siquiera la juventud educanda lleva grabados en su memoria, como recuerdos preciosos, los preceptos fundamentales de esa ciencia!

Yo sé que hace tres años fue dictado un decreto en el cual se hacia obligatoria la higiene para los alumnos de los colejos del Estado. Sé que se aplaudió con frenesí i por ciertos individuos, una medida tan sabia i tan previsora para el porvenir: medida llamada a mejorar muchos hábitos sociales i a introducir en el corazón del jóven hábitos de moralidad, de decencia, de bienestar i de salud.

Pero sabed tambien, señores, que jamás la ciencia de la salud, sufriera de manos de la autoridad una ofensa mayor; jamás se la rebajara a una escala mas humilde, nunca se la diera tan rude golpe.

Ello es evidente i claro como la luz.

¿Sabeis vosotros cuáles son los alumnos que deben estudiar la

higiene? Son los alumnos del terser año de humanidades que, apenas saben leer regularmente sus textos, un poco de aritmética i jeografía i machacar algun idioma extranjero.

Ahora podreis imajinaros ¡qué excelentes higienistas no saldrán de tales jóvenes! ¡qué esplicaciones tan académicas no podrán recibir de sus maestros por buena voluntad que éstos tengan! Sin tener ni siquiera rudimentos de física o de química, de jeografía física, de historia natural, de astronomía, ¡entenderán admirablemente las esplicaciones de sus maestros! Sabrán tanto de composicion de alimentos, de climas, de estaciones, de composicion de las aguas, de organizacion humana, como el flautista de la fábula.

Se habrá educado charlatanes enormes que no tendrán niugun miramiento por el verdadero saber i que hablarán de todo i en todas partes cuando de nada tienen ni la mas remota idea.

Pero, como si esto no fuera bastante, podré citaros algo mas curioso. En muchos liceos provinciales han sido nombrados profesores de este ramo i para tales alumnos, a médicos de ciudad i éstos han aceptado tan honorifico puesto!

¡Qué de raro tendrá entonces que se oiga decir a alumnos de medicina que están al terminar sus estudios i aún a médicos, que la higiene es una cosa de buen sentido!

Pero tambien puedo asegurar que no todos piensan de ese modo. Me consta que individuos que ocupan altos puestos, talvez los mas encumbrados en la instruccion del país, no piensan de esa manera.

Me consta que se trabaja con anhelo para que se estudie ese ramo como un hermoso corolario de los estudios científicos, como la aplicacion mas lucrativa i provechosa que de ellos pudiera sacarse.

Es por eso que hasta ahora i a pesar del decreto aludido, en el primer colejio del Estado i para su honra, ese estudio no se hace aún. Se le emprenderá tan luego como sea posible darle la colocacion que merece.

§ 5.º

HOSPITALES MODERNOS EN JENERAL.—HOSPITALES DE SANTIAGO EN JENERAL.

Entre las cuestiones de salubridad i de higiene que tienen el

raro privilegio de connover i aún de apasionar profundamente la opinion pública, figura como la mas importante, si no la única, la relativa al régimen hospitalario i al bienestar del enfermo desvalido.

Nada es tampoco mas natural.

Si hai algo que pueda caracterizar al hombre civilizado, si hai algo capaz de connover hondamente el corazon de un hombre instruido i humanitario, es sin duda la desgracia del indijente, la miseria i el dolor del enfermo abandonado.

Se podria decir que es el ramo de la salubridad que se cultiva con mas esmero. La ciencia le atribuye una importancia decisiva, i con razon, en el tratamiento médico. La administracion de todos los países mas adelantados e instruidos le hace el objeto de sus mas constantes desvelos. Considera como mui honorifico lo que puede hacer en su favor.

Así, pues, aunque es el peor tema que pudiera elejirse para fuerzas medicas, el deseo inmenso de decir algo útil i de señalar males mui vetustos i errores mui recientes, nos harán tener valor suficiente, cualquiera que sea el éxito alcanzado.

1.—*Sistemas de socorros para el desvalido.*

Dos son en el dia los sistemas que se disputan la preferencia tocantes a socorrer al enfermo infeliz que yace en la miseria.

El uno consiste en ofrecerle, a espensas de la caridad pública i en su nombre como en el de la humanidad, un techo abrigado i un lecho blando en que consiga su salud o exhale tranquilo su postrer suspiro. En el otro, al contrario, se le deja en su propio hogar i se le llevan tanto los socorros médicos, como los medios materiales de comodidad, de alimentacion, etc., que le son indispensables.

Este último es sin duda mas costoso, impone mayores sacrificios i su aplicacion no puede ser jeneral. Pero en cambio es mas útil bajo el punto de vista moral, por cuanto contribuye a consolidar la familia; mas saludable para el enfermo, por cuanto le asegura los cuidados solícitos e íntimos de los seres que le son caros. Pero tiene sobre todo una ventaja, pues le sustrae a las exploraciones de su conciencia i tambien a las presiones indiscretas del proselitismo. Seria tambien el medio de anonadar la patolojía noso-

comial que aumenta tan desastrosamente la patología de la miseria.

Parece que ha llegado el tiempo de preguntarse con uno de los mas grandes higienistas modernos, Miguel Levy: "En medio de las sociedades semi-bárbaras del pasado, dice, un inmenso progreso se realizó cuando se concentraron en el recinto hospitalario i bajo los auspicios de la relijion, los socorros necesarios para la curacion de los enfermos. Pero al presente i en presencia de los resultados estadísticos de mortalidad obtenidos hasta hoy, uno está en el derecho de preguntarse: si el progreso en el porvenir no consistirá talvez en diseminar la accion de la autoridad i de la ciencia, en individualizar la asistencia de los enfermos i tomar a la familia como punto de apoyo de su intervencion."

Con el trascurso de los años, se podrá saber, en fin, a cuál dar la preferencia.

Entre tanto, ambos corren paralelamente, dando cada uno sus frutos. Para honra de nuestro país, el socorro a domicilio toma cada día mayores proporciones, especialmente en Santiago, empujado vigorosamente por instituciones caritativas, sostenidas i dirigidas por mui ilustres matronas de la sociedad.

2.—Resúmen histórico.

Los hospitales son conocidos desde los tiempos antiguos. El *cinosargo* de Atenas, que recibia niños abandonados i ciudadanos invalidados en el servicio de su patria, se podría citar como ejemplo. Es cierto que este establecimiento, como otros de la misma época, no corresponde exactamente sino a una clase de nuestros hospitales de la actualidad. Pero no cabe duda que, en cuanto a su fin, coinciden perfectamente.

El primer hospital propiamente dicho se debe a un ilustre romano, Fabiola. Fundó un establecimiento destinado a la recepcion de enfermos, que cuidaba él personalmente.

El ejemplo de los romanos encontró luego imitadores principalmente en la edad média, en tiempo de las cruzadas i de las epidemias, que, venidas del oriente, asolaron los pueblos occidentales de Europa. Así se fabricó en el año 639 por San-Landry el primer *Hôtel Dieu* de París, que tantas innovaciones i recons-

trucciones ha sufrido. El mayor número de los hospitales europeos data del siglo XV.

3.—*Division jeneral.*

Los hospitales pueden dividirse en varias categorías:

1.^a *Hospitales propiamente dichos*, destinados a la curacion de los enfermos.

2.^a *Hospicios*, cuyo fin es servir de asilo a la decrepitud, a los incurables, a los huérfanos, etc.

3.^a *Hospitales-hospicios*, que hacen a la vez el papel de ambos.

Otra division, igualmente mui admitida, consiste en tomar en consideracion el sexo de los enfermos, su edad, las enfermedades especiales de que pueden estar afectados, etc.

Cada division de las anteriores ha sido tomada en consideracion i de ahí han provenido los hospitales *especiales*.

4.—*Situacion.*

¿Cuál es ahora la mejor colocacion que se debe elegir para estos establecimientos?

Esta cuestion, que ha levantado discusiones sin número, ha sido por fin resuelta de una manera definitiva. Grandes o pequeños, comunes o especiales, todo hospital trae como consecuencia inseparable una aglomeracion que produce en mas o menos tiempo la infeccion nosocomial.

Todos saben que hai ciertas enfermedades terribles por sus estragos, como la podredumbre de hospital, la infeccion purulenta, ciertas fiebres tíficas o afecciones difterípticas que no tienen otro origen. I si al mefitismo de las salas se agrega el mefitismo del aire exterior, todo se habrá aunado para aumentar su malignidad. Semejante emergencia tendria lugar con la vecindad de fábricas, como jabonerías, velerías, fundiciones, etc., i en jeneral, de todo establecimiento del cual se desprendan gases deletéreos o pútridos. Por una razon análoga, será insalubre todo hospital construido en barrios mui poblados, malsanos o cerca de las corrientes de aguas que recojen los desperdicios de la ciudad.

Es, pues, indispensable alejarlos cuanto sea dable de las aglo-

meraciones humanas, colocarlos en un lugar bañado por los vientos i endonde, por lo mismo, la renovacion del aire sea fácil i completa. Lo mas lejos posible de los cementerios i de los lugares húmedos que exhalan constantemente efluvios malsanos. Deben, por fin, tener una orientacion tal, que el viento que los bañe no vaya a echarse después sobre la ciudad. Algunos alegan la distancia de los centros de poblacion como un grave inconveniente; pero una administracion inteligente sabrá siempre trasportar cómodamente i con rapidez los enfermos que su establecimiento está llamado a recibir.

Así como los establecimientos industriales alejados de las poblaciones o situados en sus suburbios tienen sus agentes u oficinas para el trasporte de las mercaderías que espenden o necesitan, ¿porqué no podría tenerlos un establecimiento hospitalario?

Por desgracia, raras veces los establecimientos que estudiamos cumplen con todas esas condiciones. Seria eso perdonable si se les hubiera construido años antes; pero será injustificable, digno de censura, si alguien los construye en estos años, en medio de esas malas condiciones, talvez por ignorancia o por no tomarse el trabajo de consultar al saber.

5.—*Estension de los hospitales, número de enfermos que pueden recibir.*

A este propósito, hai una cuestion de sumo interés que resolver. Se puede decir, como regla jeneral, que mientras mayor es el número de los enfermos mayor será su mortandad.

En efecto, a un hospital cuya mortandad era relativamente escasa en épocas ordinarias, se le ha visto, invadido por el tifus, por la infeccion purulenta, etc., presentar una mortandad horrorosa, cuando por circunstancias escepcionales se ha tenido que aumentar considerablemente el número de sus enfermos. Casos de esta naturaleza han sido mui comunes en los hospitales militares o maritimos después de grandes batallas. De ahí que se hayan perfeccionado tanto estos establecimientos i de ahí provienen aún las portentosas mejoras que los norte-americanos i alemanes han introducido en su construccion i en su servicio; sobre todo, en las últimas guerras que han tenido que soportar estas naciones.

Ahí están también, como irrecusable testimonio, los pequeños hospitales ingleses, i de Londres particularmente, que, metidos en el mefitismo de tan enorme ciudad, ofrecen una mortandad mucho menor que los grandes hospitales colocados en idénticas condiciones.

Es cierto que se podrían alegar i citar escepciones bien notables; como es el hospital real de la Caridad, de Berlin, que ha presentado en varios años una mortandad relativamente poco crecida a pesar de contener de 1500 a 1600 camas; pero ahí median condiciones especiales de alimentacion, ventilacion, etc., que es necesario no relegar al olvido cuando se trata de apreciaciones de esta naturaleza.

Como precepto jeneral, un hospital urbano no debe tener mas de 200 o 300 camas. Escepcionalmente se puede admitir uno con 400 o 500; pero mas allá las medidas de su saneamiento son un problema de todos los dias, i su buen servicio, mas aparente que real.

Esa regla absoluta para los hospitales de una ciudad es inmensamente restringida cuando se trata de ciertos hospitales. Así, por ejemplo, los hospitales o salas anexas a una casa de maternidad, deben tener tal estension i tan pocos enfermos como la mitad de los que puede admitir un hospital comun. I la razon es obvia: mientras mayores sean las causas de infeccion nosocomial, mayores deben ser las precauciones.

6.—De la construccion de los hospitales.

Las ideas a este respecto han cambiado por completo. De las reglas que se admitian en la edad média a las reglas o ideas modernas, hai un abismo de por medio.

De la forma de edificios cuadrangulares, que vemos en el mas viejo de nuestros hospitales, se ha pasado sucesivamente a las formas poligonales, exangulares u octógonas, hasta llegar por fin al sistema de edificios circulares. Al proceder así, se queria obtener una esposicion mejor, mayor comodidad para el servicio. Pero se tropezaba en todo eso con un inconveniente insuperable, el de la ventilacion.

Es imposible, en efecto, cualquiera que sea la forma que se les

dé a los diversos cuerpos de edificio, en crucero, círculo, etc., esperar una renovacion medio completa del aire cargado de las emanaciones de gran número de enfermos. Es tambien una quimera, como lo veremos a propósito de la ventilacion, esperar, aún con los métodos mas perfectos que se conocen, que se renueve en poco tiempo i por completo una masa tan enorme de aire adulterado.

No sucede igual cosa cuando se trata de cuerpos de edificios aislados unos de otros. La masa de aire es así mas pequeña i se halla separada de las demás por espacios libres i aereados. Los cambios de la temperatura del aire interior son mas fáciles i la rotura del equilibrio atmosférico para la ventilacion mas rápida, i aún la ventilacion natural mas posible i perfecta.

Es por eso que todos los higienistas modernos i arquitectos que se ocupan de esta clase de construcciones están en el día de acuerdo sobre ese hecho capital. Los cuerpos de edificios deben estar aislados unos de otros por espacios bien descubiertos, plantados de flores o de árboles; i la salubridad de cada cuerpo de hospital estará siempre en razon directa de la estension que los separe.

De aislar cuerpos de edificios a aislar salas no hai sino un paso. De ahí proviene el sistema de salas aisladas, el mas usado i el mas perfecto. Puedo citaros como el mejor ejemplo que yo conozco de nombre, el hospital Laboisiere, de Paris, que inaugura el primero este sistema i que fué construido en el reinado de Luis XVI segun los modelos que presentaba la academia de ciencias.

Dicho esto sobre la distribucion jeneral del edificio, paso ahora a ocuparme de los detalles.

La forma i dimensiones de la sala, el número de camas que debe contener, los muebles i aparatos que deben formar el acceso-rio, los pavimentos, paredes, etc., han sido objeto de interminables discusiones.

A los buenos i sólidos materiales se agregará un cálculo riguroso sobre las dimensiones de la sala respecto del fin que debe llenar bajo el punto de vista del aire necesario para cada enfermo, tomándose en cuenta, como es natural suponerlo, la clase de ventilacion con que el establecimiento va a ser dotado; pues se sabe en el día que seria imposible, sin una ventilacion convenien-

te; tener el aire bastante por grandes que fueran las dimensiones de la sala.

El pavimento de las salas unido e impermeable, si es posible, a fin de oponerse a la aglomeracion de materias orgánicas que viciarían el aire i para mantener un sistema de aseo conveniente, hé ahí una cuestión de sumo interés.

Camas de altura moderada, con buenos cobertores, en ningún caso espuestas a las corrientes directas que solicitar los ventiladores, dispuestas en filas laterales, pero a una distancia de metro i medio o de dos metros una de otra, todo eso será un complemento indispensable.

Pero hái aún enseres u oficinas de necesidad absoluta. En este número podemos citar las piezas de enfermeros, un departamento de baños con llaves de agua de temperatura distinta i que deben ramificarse en la sala misma para mantener el aseo de los enfermos, que por desgracia en nuestros hospitales no se conoce absolutamente.

Será tambien de grande utilidad una pequeña sala o departamento para asilar ciertos enfermos, cuyo cuidado es así mas cómodo, provisto de dos o tres camas, así como letrinas anexas al edificio i ventiladas de tal manera que las corrientes de aire que las bañen no puedan en ningún caso refluir al interior del edificio.

Pero es tambien aquí donde debo llamar la atención a un sistema relativamente moderno que ha producido resultados dignos de prolijo estudio. Me refirió a la clasificación de las salas de un hospital para la distribución de los enfermos.

La experiencia ha revelado día a día las perniciosas consecuencias de la no separacion de los convalescientes, obligados a respirar el mismo aire que los enfermos graves, i los sufrimientos morales que resultan del aspecto de los moribundos o de sus cadáveres. Igual cosa debe decirse de la separacion de los enfermos atacados de enfermedades agudas o crónicas, de enfermedades específicas, o virulentas, o miasmáticas, etc.

Como vosotros lo sabeis mejor que yo, en muchos países algunas de estas enfermedades tienen sus hospitales especiales.

Omito ex-profeso otros útiles mui conocidos o circunstancias que

el aseo i la salubridad exigen para cada enfermo i que de dia en dia se construyen mas perfectos:

7.—*De la ventilación de las salas.—Cabaje atmosférico.*

He dicho hace poco que la cuestion principal en una sala de enfermos después del cuidado esmerado i buena alimentación apropiada a sus circunstancias, es una cantidad de aire suficiente para su respiracion.

Efectivamente, a las causas ordinarias de viciacion del aire, como la respiracion de los enfermos, traspiracion i alumbrado, etc., se agregan en una sala causas especiales i numerosas, entre las cuales podré enumerar las siguientes: emanaciones de los baños tomados en las mismas salas, de las fomentaciones i cataplasmas, de los paños de aseo, de los vasos de noche i escupideras, de los medicamentos volátiles, de la sangre de las venisecciones i ventosas, de las materias vomitadas, de las supuraciones i orinas, etc., etc. Por rápidamente que se haga la estraccion de muchas de estas sustancias, el aire tiene tiempo de alterarse i su accion deletérea será tanto mas enérgica cuanto menos fuerzas de reaccion tenga el organismo enfermo i cuanto mas pestilentes sean los productos exhalados.

Lavoisier fué el primero que en 1785 calculó la cantidad de aire necesario para cada individuo, obteniendo un resultado de $4\frac{1}{2}$ metros cúbicos mas o menos por cada individuo. Aplicado el cálculo de Lavoisier aún en exceso, dió pésimos resultados en los hospitales franceses de la época:

De dia en dia estos cálculos se han ido renovando, hasta que, verificada la invencion de los ventiladores, se creyó haber resuelto la dificultad i se fijó en 30 metros cúbicos por hora i para cada enfermo el aire necesario.

Los cálculos modernos dan de 60 a 80 metros cúbicos i algunos sabios le suben hasta 120.

Ya hemos dicho que seria imposible construirse una sala que tuviera tales proporciones, que pudiera bastar a la respiracion de los enfermos que contiene. Mas aún, suponiéndola construida con tales condiciones, su gran volumen, como decia muy bien Félix Leblanc, no haria sino retardar el momento en que la ventilacion

o los ventiladores serán inevitables; no habiendo renovamiento del aire, se transformará al fin en aire confinado.

De ahí proviene el que se haya puesto particular empeño en el arreglo de los sistemas de ventilacion.

Muchísimos son los sistemas empleados con tal objeto.

Desde luego debemos decir que la ventilacion natural que se hace por las puertas i ventanas a beneficio de la diversidad o desigualdad de temperatura entre el aire interior i exterior, es insuficiente, no digo en un hospital, pero aún en los edificios o habitaciones, i esto que las personas que las habitan pueden luchar ventajosamente con este inconveniente respirando durante ciertas horas del día aire conveniente.

El mas sencillo de todos los métodos consiste en colocar en el techo de las salas tubos mas o menos largos que dan salida al aire calentado por los enfermos, por la respiracion i por su contacto, o bien, a los gases calientes que provienen del alumbrado. Mientras que eso sucede a consecuencia de la disminucion de densidad del aire, ocasionada por su dilatacion por el calor, troneras o agujeros abiertos en las paredes i cerca del suelo dejan entrar el aire exterior mas puro i frio.

Este sistema es sin duda poco dispendioso; pero por lo demás, es pésimo, pues la ventilacion, a mas de ser lenta, quita el aire caliente que tan necesario es a los enfermos en ciertas épocas del año i deja entrar o llama al aire frio exterior, i precisamente al mas inferior que nunca será el mas sano ni el menos mofético.

Todos los demás, que podrian llamarse tambien sistemas puramente artificiales, pueden dividirse en tres categorías:

1.ª Ventilacion determinada por aspiracion de chimeneas calentadas de cualquier modo, o aprovechándose de lo que los físicos llaman *tiraje* de estos aparatos.

2.ª Ventilacion por aspiracion de aire mediante un aparato mecánico puesto en movimiento por un motor.

3.ª Ventilacion por pulsion o por un aparato que impele el aire hácia el interior de un cuerpo de edificio.

Pertenece a la primera categoría dos métodos igualmente célebres i empleados en un gran número de establecimientos.

El uno es el sistema de Duvoir que consiste en calentar el ai-

re de las salas o cuerpos de edificio, haciendo circular agua caliente por tubos que se reparten por las paredes del edificio, comunicados todos con una caldera central i guardando con ella un ligero desnivel. Este sistema está basado en el principio de física muy conocido: de que el agua al calentarse, haciéndose menos densa por su dilatación, sube caminando por los tubos ascendentes i a medida que se enfría i se contrae i se hace mas densa i baja, viene por los tubos descendentes a ponerse de nuevo en contacto con el calorífero.

De ese modo se ha podido ordenar i hacer que el aire de las salas suba por aspiradores colocados en el centro, siendo reemplazado inmediatamente por el aire exterior.

Una modificación de este sistema, que otros consideran como esencialmente distinto, pero que se funda en el mismo principio de la ciencia i que cada cual ha podido ver mas de una vez, es calentar el aire de un tubo central por medio de quemadores de gas que se pueden llevar a una altura considerable. Es muy usado en los teatros, arreglando los quemadores en forma de soles dispuestos en el techo del edificio i debajo del extremo inferior del tubo de la chimenea, que muchas veces trasforman ingeniosamente en un reflector de luz i que presenta en esta parte la forma de un pabellon de trompeta o de un embudo invertido.

El segundo método de los pertenecientes a la primera categoría es muy usado en Inglaterra. Consiste en disponer en una sala una o mas chimeneas, cuando no estufas, que arden constantemente, casi siempre con combustible fósil i cuya bondad se ha ponderado exajeradamente en los últimos tiempos.

Empero, fácil nos será analizarlo aunque sea someramente. Ante todo, se puede alegar su poco precio i la sencillez de su manejo, como asimismo el ceder, en invierno especialmente, una cantidad de calor radiante o emitido suficiente; pero en cambio el tiraje es demasiado violento para mantener una corriente fria tan enérgica en las capas inferiores que ya ofrece serios peligros al bienestar de los enfermos. Es cierto tambien que en todo caso serán menos que con el método anterior; i consiguiéndose con él los dos fines que se pueden exigir de un ventilador, cual es suministrar calor i cambio de aire, será el que a lo menos deberá tener un hospital medianamente construido.

Un inconveniente de este sistema que se ha estudiado últimamente es el disminuir enormemente el estado higrométrico del aire, inconveniente que en el clima frío i muy húmedo de la Gran Bretaña nada vale; pero muy importante de tener en cuenta en los climas que, aunque templados, tienen como Santiago un aire bastante seco.

En la segunda i tercera categoría se colocan los ventiladores por aparatos mecánicos.

Es muy conocido el sistema de los ingenieros Thomas i Laurens i Grouvelle, o sistema de *Farcot*, como lo llaman los franceses, i que funciona comparativamente con los aparatos *Duvoir* en el hospital Lariboisier.

El aire es insuflado a las salas por medio de un ventilador de fuerza centrífuga, movido por una máquina de vapor que al mismo tiempo que motor sirve de calorífero, mandando vapor a tubos i cajas dispuestas en las salas para mantener cierta temperatura i asegurar el efecto del propulsor mecánico. El aire penetra así como un viento de impulsión i se le puede hacer venir de los jardines i aún de capas atmosféricas situadas a un nivel mayor que el de los edificios.

Prodremos citar además i para terminar esta cuestión ya fatigosa, el sistema belga del doctor Van Hecke. Se ventila como en el sistema anterior por un aparato de pulsión; pero el aire puro que lleva a las salas se le envía calentado de antemano haciéndolo pasar por caloríferos de aire anexos al motor.

¿Cuál de todos los sistemas indicados es el mejor? A nuestro modo de ver, los aparatos mecánicos, si bien muy costosos i complicados, tienen la inmensa ventaja de repartir el aire para los enfermos con una temperatura constante que se puede variar a voluntad, según las necesidades i estaciones i mucho más aún en los climas como el nuestro, que aunque suaves relativamente, presentan variaciones muy bruscas i muy peligrosas en su temperatura principalmente en las zonas andinas e intermedias.

8.ª—Casi nada diremos de la alimentación de los enfermos. No se necesita haber hecho estudios científicos para saber demasiado bien la influencia que tiene sobre un enfermo una alimentación insuficiente o de mala calidad. Basta tener un poco de buen sentido. Algunos creen inútil una regularidad absoluta, o una cantidad

matemática en la repartición de los alimentos, o ración individual de los hospitales ingleses i alemanes, endonde se pesa en una balanza el alimento para estar seguro de su suficiencia. Creo que no es necesario decir la importancia decisiva de este arreglo.

Es bien triste que un pobre enfermo respire mal aire o sea mal atendido; pero que sufra de hambre, eso es horroroso e injustificable.

Si en un hospital no hai como alimentar convenientemente a los desvalidos que encierra, seria mas humanitario cerrarlo i dejarles correr su destino.

Respecto de la servidumbre, podriamos decir igual cosa. Intelijente, suficiente en número, con sus especialidades, etc., etc., algo educada para que no ria de la desgracia, como lo hemos visto mas de una vez, al ver a esos que se llaman *mozos de sala* observar a un hombre en un ataque de convulsion i delirio chocar contra el suelo i muebles, hasta que un estudiante le socorriera, sin que los que están para ello hicieran otra cosa que divertirse de las raras contorsiones del enfermo.

Construido, pues, un establecimiento i arreglado con todos los accesorios i condiciones que hemos enumerado i otros que omitimos por ser demasiado conocidos, se tendria un hospital en armonia con los principios mas obvios de la ciencia moderna. Talvez no el ideal que aspira el hombre ilustrado i de buen corazon o el verdadero médico; pero a lo menos lo mejor que es dable hacer en el estado actual de las cosas.

HOSPITALES DE SANTIAGO.

Nos queda, empero, la tarea mas difícil o por lo menos mas penosa i que envuelve tristes lecciones del pasado, útiles reflexiones para el porvenir.

Antes de concluir voi a permitirme decir dos palabras sobre los hospitales que posee Santiago destinados a la recepcion de enfermos.

Esos establecimientos, acompañados de un pobre lazareto, son tres.

San Juan de Dios.

Hé ahí un nombre demasiado conocido del pobre i que por mu-

cho tiempo ha sido en esta ciudad casi el único símbolo de la mas bella de las instituciones humanas, la caridad. De ahí proviene que le pronuncie con interés aún cuando se sabe de ante mano su pobreza.

Cualquiera que sea, en efecto, la pluma que redactare su miseria, siempre lo hará con profundo cariño. Sea cual fuere su edad o su rango entre sus compañeras de arte, no podrá jamás relegar al olvido que esa casa ha sido sin duda por algunos años su segundo hogar; donde aprendiera los primeros rudimentos de su difícil ciencia, donde aplicara por vez primera i para bien del pobre sus primeros talentos médicos.

En homenaje de esos recuerdos valdria mas talvez cerrar silenciosa la página que envuelve su triste historia. Contarla con todos sus detalles es amontonar defectos deplorables sin poder dar el remedio.

Cada uno de vosotros, cada médico del país le conoce palmo a palmo i sabe bien lo que vale. Si estudia sus detalles i reflexiona en lo que pasa, talvez se llega sin saberlo a la inevitable conclusion de que sobre la losa de su peristilo debiera grabarse en gruesos caracteres esta dolorosa inscripcion: *sepulcro de vivos*.

Pero hai algo que merecela pena de fijar la atencion i que revela de un golpe sus condiciones hijiénicas.

Durante varios meses del año que hai concluye, ha reinado en su sala de cirugía una terrible epidemia de infeccion purulenta. De muchas decenas de amputados en esa época, ninguno quedó para contar su historia. Después de una mortandad desesperante, el primero que salvara fué un amputado del muslo, en el cual se empleó por vez primera en Chile el proceder hemostático por la compresion elástica ideado por el profesor aleman Esmarch, i que me cupo la fortuna de operar. En esa época, un número igualmente crecido de enfermas se operaba en San Borja i todas salvaban sin escepcion, inclusa una que yo operara igualmente i en la cual se practicó una amputacion doble de los miembros torácicos i en pésimas condiciones por lo demás.

Os recordaré una anecdota, o un hecho, seria mejor decir, que da idea de sus excelentes baños i bañeros. En el penúltimo mes del presente año entró a una de las salas de clinica interna un hombre atacado de *icterus* intensísimo. Parecia como si le hubie-

ran embadurnado con el mejor azafran. A lo que referia el enfermo, habia tenido un catarro gastro-duodenal que se habia comunicado a los conductos escretorios de la bilis i que esplicaba perfectamente el estado presente. Habiéndole ordenado el tratamiento conveniente, el jefe del servicio quiso hacer uso de los baños de sudor con ablucion a fin de éxcitar las funciones de la piel i facilitar la reabsorcion del pigmento biliar. Al dia siguiente del baño, nos llamó mucho la atencion la suma postracion del enfermo, i buscando la causa, llegamos a saber lo siguiente: se le habia hecho respirar abundantemente calentando el aire de un cuartucho con el brasero español tan conocido, i para darle su ablucion, se le transportó casi desnudo, por pasadizos i corredores a otro cuarto donde se le disparaba con agua fria. Enfriado en el camino, la ablucion acabó de completar la obra de la evaporacion cutánea i el hombre era traído a su cama frio como un cadáver.

¿Necesito indicaros aún que sus medicamentos son tan excelentes i bien preparados que nuestro viejo i sabio profesor de clinica interna ha tenido que pedir a la Universidad los principales agentes que se pueden suministrar en inyecciones hipodérmicas, etc., para estar seguro de sus efectos i poder hacer observaciones clinicas exactas sobre los medicamentos mas delicados o nuevos en su empleo?

Pero basta. Referir lo relativo al cuidado de los enfermos por los asistentes o mezos es mas triste aún. Es ya tambien tiempo de hacer sombra sobre este ejemplo de nuestras instituciones hospitalarias.

Una frase que oyera de uno de mis maestros mas estimados le caracteriza mejor que todas las descripciones que de él pudieran hacerse: "San Juan de Dios, me decia, es un hospital podrido desde el umbral de su portada hasta su fondo i no es susceptible de otra mejora que de demolerlo hasta sus cimientos."

San Borja.

Colocado en una situacion mas desahogada i con mejor aire, hace con el anterior, a pesar de estar inmensamente lejos de ser un modelo, un contraste notable.

Sus salas bajas, de malos pisos, en malas exposiciones i demasia-

do recargadas de enfermos, ofrecen un aire no bueno, pero a lo menos no mortífero.

Lo demás de su servicio i alimentacion no tienen gran diferencia con el anterior.

San Vicente de Paul.

Construido en estos dos últimos años i apenas habilitado para 200 enfermos, ha sido tildado por una de las plumas que se dicen mas brillantes de la prensa diaria como el primer hospital sud-americano. Le daba como razon mui principal i concluyente de esta asercion el haber importado solo su construccion como un medio millon de pesos.

Razon sin duda pesada, i mas hoy que el mérito de las cosas se calcula por su equivalente en oro. Pero el hombre de ciencia que no mira ese oro sino como un medio de hacer el bien, dirá de San Vicente que, si es cierto que sus edificios pueden tener ese valor, le faltan para llamarse hospital un menaje adecuado i muchas otras condiciones.

Mas no es eso todo: vamos a demostrar suscintamente que, si bien de materiales excelentes, su construccion no merece aún ese nombre aún cuando hubiera importado el doble de su precio. Queremos admitir que se tuviera la buena intencion de hacerle magnífico; mas es lástima que todo eso no pasara mas allá de las intenciones sin alcanzar a los hechos.

Situado al norte de la ciudad a fin de que en el invierno los vientos dominantes del norte en esa época acarreen al corazon de la ciudad sus exhalaciones miasmáticas, parece como que se le hubiera querido colocar lo mas lejos posible del centro de las líneas férreas que acarrean por centenares los enfermos de lugares vecinos. En cambio, se le colocó delante de las puertas del cementerio cuyos efluvios o miasmas veadrán a visitarlo con frecuencia i sin duda tambien para que los enfermeros de sus salas puedan disparar cómodamente a manos de los sepultureros el cadáver del infeliz que debe mandarse a la fosa de su eterno descanso.

Largo i angosto, como el país a cuya capital está destinado, ocupa una estension de terreno tan insuficiente que se podia decir con propiedad que los diferentes cuerpos de sus edificios apenas cupieron en su recinto.

Las paredes de éste besan, si así pudiera decirse, la parte posterior de sus salas.

Su superficie en metros cuadrados es apenas igual a pocas mas de la mitad del hospital Lariboisiere i esto que aquél está destinado para 500 enfermos o un poco mas i que los sistemas de ventilacion abundan en sus salas i de que aún su perímetro se cree insuficiente. I todo esto estando aquel hospital en Paris i no en Santiago, endonde pudo buscarse terrenos mui estensos i en mui buena colocacion.

Se desplegó al construirle un lujo tan grande de salas que los espacios que las separan quedan tan estrechos que apenas si podrán mantener unas cuantas plantas raquíticas que aumentarán la imposibilidad o dificultad para el acceso de la luz, tan necesaria como el alimento.

Cuando uno le examina, se pregunta por los baños anexos a sus salas, sus letrinas, i nada se encuentra. Se buscan sus ventiladores i se ven troneras dispuestas en filas superiores e inferiores, como las que llevaban los buques de guerra antiguos. Ni aún se ve una mala chimenea en cada sala, ya que en contra de otros sistemas de ventilacion se podria alegar su subido precio.

Pisos de ladrillos i paredes con pinturas al oleo no serán el mejor medio de mantener un aseo esmerado.

¡Ojalá que trascurridos algunos años i cuando su dotacion inmensa de enfermos sea completa no se convierta en otro San Juan de Dios de linda fachada, de salas medio separadas, pero con todos sus inconvenientes e insalubridad!

¡Cuánto mejor no habria sido haber construido con ese dinero i organizado bien un hospital de 200 camas, bien ventilado, bien servido i que hubiera servido de modelo para construcciones futuras! Habria sido tambien hacer algo mas digno de la época i de los adelantos modernos.

§ 6.º

Aquí debiéramos continuar tratando las mui numerosas e importantes cuestiones que relativas a la salubridad, son dignas de profundo i detenido estudio.

Deberia recorrer las cuestiones de alimentacion, de vestidos

apropiados al clima, el clima mismo del país, la prostitucion i otras que seria largo enumerar.

Pero, temeroso de fatigar demasiado la paciencia de la honorable comision que me escucha, pongo fin a mi trabajo dejando ese estudio para otra ocasion mas propicia.

Ojalá tambien que manos mas espertas continúen dilucidando las muchas cuestiones teóricas i prácticas que encierra este tema que elijo, confiado, mas que en mis fuerzas, en el justo i natural deseo de aportar siquiera un grano de arena al jigantesco edificio de nuestra organizacion social; de contribuir con algo, por insuficiente i humilde que ello sea, a los progresos de la ciencia de la salud en el país, que juntos con los que ya han hecho, aunque incompletos, las ciencias físicas, matemáticas i naturales, formarán el timbre mas precioso de gloria de nuestro incesante i rápido adelantamiento.

Santiago, enero 1.º de 1875.

La comision examinadora acordó publicar la presente memoria en los *Anales de la Universidad*.—Wenceslao Diaz, secretario interino.

MEDICINA.—De la hipertrofia compensatriz en las afecciones valvulares del corazon, i de la ruptura de la compensacion.— Memoria de prueba para optar al grado de licenciado en la Facultad de medicina, por don Nicanor Allende Pradel.

Señores:

Desde que la anatomia pudo llevar la diseccion al seno de nuestra organizacion; desde que pudo apreciar i estudiar detenidamente los elementos distintos i la disposicion de estos elementos, constituyendo la trama i textura íntima de nuestros órganos, ha ido desapareciendo poco a poco la oscuridad que cubria la patogenia de las enfermedades.

Pero entre todos los órganos que han recibido la influencia benéfica de la anatomia i de la fisiología, no hai ninguno cuyos pro-